NATHAN BOUDA

Y EL MUNDO GIRA

Fey

A mi lectora favorita y quien me impulsa siempre a seguir mis sueños: Silvia, mi mamá.

Y EL MUNDO SE DETUVO

JUNTO A ÉL

SILENCIO

Los meses volaron y llegó la fiesta de fin de año. Toda la escuela esperaba ese evento: lo habíamos organizado los alumnos del penúltimo curso, con el fin de recaudar dinero para nuestro futuro viaje de egresados. Una tradición.

Antes de las diez, Mateo pasó a buscarme y juntos fuimos por Carla, mi mejor amiga.

El lugar era perfecto: la casa de Javier. Decoramos el patio con luces que lo hacían parecer incluso más grande de lo que ya era. Ubicamos la barra a un costado de la pileta y, en la otra punta, la mesa del *DJ* con todas sus consolas y unos parlantes que eran casi tan altos como yo. Ver todo ya montado y con las luces encendidas fue fenomenal e hizo crecer mi ilusión, mis expectativas de que la noche podría ser especial para mí, y para Mateo.

Carla y yo éramos los responsables de la entrada. Teníamos que controlar que las personas estuvieran en la lista antes de dejarlas entrar. Ver tanta gente llegando al lugar me provocaba un nudo en la garganta, me emocionaba y me ponía nervioso.

Aunque todos podían traer lo propio para tomar, dentro también vendíamos. Era otra manera de juntar dinero. El año anterior habían prohibido el ingreso de bebidas y la fiesta había sido un fracaso, no íbamos a cometer el mismo error.

La fiesta comenzó. Mis pies deseosos por divertirse empezaron a moverse al ritmo de las canciones.

Mis expectativas seguían creciendo.

—¡Adentro está que explota! —dijo Javier exaltado. Sus ojos celestes se hicieron inmensos al ver que aún quedaba gente por entrar, estaba eufórico—. ¡Esto es una locura!

Con Carla nos miramos y reímos mientras él regresaba a los saltos.

Javier era tan enérgico, le encantaba ser el centro de atención y esta fiesta se lo garantizaba, todos recordarían la fiesta en su casa. En cuanto a Carla, ella era todo lo contrario, cuanto menos la mirasen mejor. No es que fuera antisocial, solo era más reservada. Por eso fue la primera en ofrecerse como voluntaria para la entrada. Así evitaría estar mucho tiempo en medio del escándalo y que los oídos le explotasen con la música a todo volumen.

—Si querés ir adentro, andá —Carla vio que seguía moviendo las piernas a todo ritmo.

—Después voy, me quedo con vos un rato más.

—¿Seguro? Parece que tus rulos ya tienen ganas de ir a bailar —bromeó y me removió el cabello.

—Mis rulos pueden aguantarse, vos tranquila.

Ella me respondió con una sonrisa enorme que le quedaba hermosa.

—Como prefieras, igual no queda casi nadie esperando —dijo al tiempo que buscaba en la lista al chico que estaba al frente de la cola.

—Voy a buscarnos algo para tomar y vuelvo, ¿querés?

Carla asintió con la cabeza cuando yo me levantaba.

Caminé por el pasillo hasta el *living* de la casa. Estaba lleno de gente, sentada en los sillones charlando o en un plan más amoroso. Había un olor a cigarrillo horrible, cuando salí al patio el aire fresco fue como un abrazo a mis pulmones.

Caminé entre las personas hacia la barra, mientras buscaba a Mateo. No había ningún rastro de mi amigo de casi un metro ochenta

y cabello oscuro entre la multitud. Sin duda no estaba en el patio: Mateo era fácil de identificar. Más para mí.

Noté que todos a mi alrededor se estaban divirtiendo. La fiesta estaba siendo un éxito y eso que recién empezaba.

Ya con las bebidas en la mano, y sin haber encontrado a Mateo, me resigné a volver a la entrada. Aunque antes necesitaba pasar por el baño, quería controlar que mi cabello se estuviera comportando. Mis rizos a veces se alocaban y me hacían parecer un espantapájaros. Dejé los vasos sobre una mesita y entré.

Debería haber tocado la puerta.

No estaba vacío.

Él estaba ahí parado, con su pelo negro y su flequillo, rodeando la cintura de una chica de cabello castaño. Mateo estaba entrelazado con ella: sus brazos largos la sujetaban, sus piernas se enredaban y sus labios bailaban juntos.

Cerré la puerta.

El nudo en la garganta se trasladó a mí estómago. Esta vez no eran nervios. La bronca se apoderaba de mí.

Caminé hasta la entrada. Mis piernas ya no bailaban, ahora daban pisotones como si desearan romper el suelo. Por mi cuerpo empezó a extenderse la ira y mis manos se cerraron en forma de puños.

Al llegar, Carla me observó con tanto asombro que supuse que mi estado de ánimo era evidente.

—¿Qué pasó? —exclamó Carla. Me senté junto a ella y crucé mis brazos sin responder— Lean, ¿qué pasó?

—Nada, Mateo que es un egoísta de mierda. —Me miró con desconcierto—. Mientras todos nosotros estamos trabajando, Mateo se está besando con no sé quién en el baño. No es justo, él estaba a cargo de la seguridad. Javier dijo que no quería que fumaran dentro de

la casa. En el *living* se te secan los pulmones de tanto humo y el olor asqueroso que hay; hasta creo que están fumando más que cigarrillos. —Todo el enojo que me quemaba subió por mi garganta y salió en forma de reproche—. ¡Él tendría que estar controlando eso!

Carla parecía no saber qué responder. Me observó en silencio y, luego de un rato, apoyó su mano en mi hombro. Me ayudó a relajarme un poco, aunque todavía tenía bronca dentro.

—Bueno, entonces vamos a disfrutar nosotros también. —Carla sonrió tratando de animarme. Llevó su mano hacia mi frente y con sus dedos comenzó a frotar mi ceño, que aún seguía bastante fruncido—. Pero primero aflojá acá.

Me hizo reír.

Buscamos algo nuevo para tomar, ni me acordaba que había dejado los vasos en la mesita y, de paso, expulsamos a los fumadores al patio. Nos quedamos sentados en los sillones junto a otros compañeros, charlando y jugando al *Yo nunca nunca* con *shots* de vodka, salvo Carla que no tomaba alcohol.

Creí que todo había pasado. Sin embargo, cuando corrí la mirada hacia un costado, vi pasar a Mateo junto a esa chica. Iban tomados de la mano en dirección al patio, donde se pusieron a bailar muy pegados.

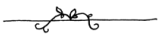
Ya no podía aguantarlo. Me levanté y salí.

—¿Lean, adónde vas? —me preguntó Javier al verme en la entrada.

—A casa, no me siento muy bien. Ya me pedí un taxi, en unos minutos debería llegar.

—¡Uy! ¿Les avisaste a los chicos?

—No, no los quiero preocupar Si ves a Carla decile que me fui.



La que iba a ser la mejor fiesta no lo fue, no para mí.

Eran cerca de las dos de la mañana y ya estaba en casa. Una noche más que me tocaba estar solo, mamá tenía guardia en el hospital. No es que me molestara la soledad, al contrario, siempre fui de disfrutar de estar encerrado, leyendo algún libro o simplemente recostado, escuchando música; solo que esa noche no esperaba eso. Deseaba disfrutar de la fiesta y, tal vez, regresar a casa junto a Mateo, extasiados de felicidad. ¡Pero no! Al parecer mi mejor amigo tenía otros planes.

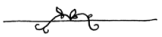
Decidí ir a la cocina por algo de comer y me encontré con una nota sobre la mesa con la letra de mamá: «Chicos, hay tarta en la heladera. Disfrútenla».

Ella también había asumido que vendríamos juntos a casa, por lo general era así. Mateo me acompañaba, sobre todo cuando salíamos de noche.

¡Pero no! Mateo estaba muy ocupado, tanto que ni se había dado cuenta de que me había ido de la fiesta. No había recibido ningún mensaje suyo.

Tomé una porción de tarta y comencé a comerla mientras revisaba las fotos y vídeos que mis amigos compartían en sus redes sociales. Las tartas de mamá eran riquísimas, aunque la noche hizo que esa me supiera amarga. Estuve a punto de arrepentirme por haberme ido cuando vi que Mateo seguía divirtiéndose. Realmente no había notado que yo no estaba.

Bloqueé mi teléfono y subí a mi cuarto. Antes de darme cuenta estaba dormido.



Me despertó una notificación.

Miré mi teléfono, había pasado poco más de una hora, tenía un audio de Mateo. Noté por su voz que no estaba del todo bien. Me preguntaba por qué me había ido y decía que venía a casa.

Al rato lo estaba ayudando a subir las escaleras hacia mi pieza. Seguía enojado, pero más allá de todo, él siempre podría contar conmigo.

Mateo decidió darse un baño, necesitaba despabilarse. Entró apestando a alcohol y humo de cigarrillo, y salió perfumado con su colonia favorita. Siempre dejaba un frasco en mi baño para cuando se quedaba a dormir, aunque sí tuve que prestarle ropa limpia. Sin decir nada, se tiró en mi cama.

Me incomodaba un poco, no porque estuviese allí conmigo, sino porque se comportaba como si nada hubiera pasado, como si de verdad no le importara lo que había hecho.

Encendí la computadora, podría distraerme jugando un rato.

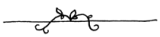
Él me hablaba de la fiesta, yo le respondía con monosílabos. Y seguimos así hasta que me preguntó qué me pasaba. Solo logró que termináramos peleando.

Me molestaba tener que comportarme de esa manera para que se diera cuenta de que algo no andaba bien. Creía que nuestro vínculo era tal que podíamos saber qué le sucedía al otro con solo mirarlo.

Discutimos, le reproché que estuviera divirtiéndose mientras todos cumplíamos con nuestras tareas, que me dejara colgado por una chica en la fiesta que era tan importante para ambos. Entonces él me hizo *esa* pregunta que terminó de sacarme de las casillas y le dije que se fuera.

Mateo se marchó, era lo mejor. No era necesario que se quedara y yo no deseaba que estuviera conmigo. No así.

Quería dormir, que esa noche terminara y despertar como si nada hubiera pasado. Sobre mi cama estaba su remera, no era la primera vez que se olvidaba algo, la tomé y la apreté con fuerza, con enojo y con tristeza, por cómo había terminado todo. Lancé la remera hacia un costado y me tiré en la cama.



Entre sueños escuchaba el insistente sonido de mi teléfono, hasta que logró despertarme. El brillo de la pantalla me encandiló. Tenía muchas llamadas perdidas, eran pasadas las cinco de la madrugada... El teléfono volvió a vibrar ¿Otra llamada?

Atendí sin siquiera ver de quién se trataba. Del otro lado una voz desesperada me apuñaló con una notica. Por un instante creí que seguía durmiendo, seguro que solo se trataba de una pesadilla.

Silencio. Tras cortar la llamada, todo quedó en silencio.